

vengan en sus inferiores, y triunfan á su vez de sus mismos vencedores. Aquel es un concurso de milagros artísticos en el cual nuestra alma vacila como una llama agitada por mil corrientes de aire, y el corazón se hincha de orgullo considerando el poder del genio humano.

Cuando ha pasado el primer entusiasmo, entonces es cuando se empieza á admirar. Ante aquel ejército de artistas, cada uno de los cuales merece un volumen, me fijé en los españoles, y de entre ellos, en los cuatro que me movieron á más profunda admiración, y cuyas telas me han dejado un recuerdo más claro y determinado.

El más moderno es Goya, nacido á mitad del siglo pasado. Es el pintor más genuinamente español, el pintor de los «toreros», de la gente del pueblo, de los contrabandistas, de las brujas, de los ladrones, de la guerra de la Independencia, de aquella antigua sociedad española que iba desapareciendo ante sus ojos. Era Goya un altivo aragonés, apasionado por las corridas de toros, tanto que hallándose en Burdeos durante los últimos años de su vida, iba á Madrid una vez á la semana sólo por presenciar aquel espectáculo, y regresaba á la ciudad francesa, como una flecha, sin saludar á sus amigos. Genio potente, mordaz, absoluto, ardiente en el calor de su vivísima inspiración, cubría en pocos instantes de figuras un lienzo ó una pared, dando las pinceladas de efecto, no ya con los pinceles, sino con cuanto le venía á mano: un bastón, un trapo, una esponja, cualquier cosa; pintaba la cara de un personaje odiado, le insultaba, y pintaba un cuadro como hubiera luchado en un combate.

Dibujaba con sin igual maestría, y era colorista original y potente que creó una pintura inimitable de sombras pavorosas, de luces desconocidas, de figuras descompuestas; pero reales. Era gran maestro en la expresión de todos los efectos terribles: la ira, el odio, la desesperación, la rabia sanguinaria: pintor atlético, batallador, incansable naturalista como Velázquez, fantástico como Hogart,

enérgico como Rembrandt, último rayo color de sangre despedido por el genio español.

Hay muchos cuadros de Goya, en el Museo de Madrid; uno de ellos, muy grande, representa toda la familia de Carlos IV; pero donde puso su alma fué en «Los soldados franceses fusilando españoles el día 2 de Mayo», y en la «Lucha del pueblo de Madrid contra los mamelucos de Napoleón I», cuyas figuras son de tamaño natural.

Son dos cuadros que causan horror. Es imposible imaginar nada más terrible, ni dar á la tiranía una forma más execrable, á la desesperación un aspecto más espantoso, y al furor de la muchedumbre una expresión más feroz.

En el primero, un cielo obscuro, la luz de una linterna, un lago de sangre, un montón de cadáveres, una turba de condenados á muerte, una hilera de soldados franceses en el acto de hacer fuego; en el otro, caballos muertos, jinetes desmontados, pisoteados, heridos. ¡Qué figuras! ¡qué actitudes! Parece que se oyen los gritos y se ve correr la sangre. La verdadera escena no podría causar más horror.

Goya pintó seguramente aquellos cuadros con los ojos fuera de sus órbitas, con la espuma en la boca, con la furia de un loco. Es el último grado á que puede llegar la pintura antes de llegar á la acción; pasado aquel grado, se tiran los pinceles y se coge el puñal. Para hacer algo más terrible que aquellos cuadros, es necesario matar; después de aquellos colores no queda más que la sangre.

De Ribera, que nosotros conocemos bajo el nombre de «Spagnoletto», hay tantos cuadros, que se podría formar un Museo. La mayor parte son figuras de santos, de tamaño natural: un «Martirio de San Bartolomé» con muchas figuras, y un «Promoteo» colosal, encadenado á un peñasco.

Otros cuadros del mismo autor se encuentran en otros Museos, en el Escorial, en las iglesias,

España—9

pues fué un artista muy fecundo y trabajador, como casi todos los artistas españoles.

Visto alguno de sus cuadros, se reconocen los demás á la primera mirada, sin necesidad de ser muy experto. Son viejos santos extenuados, con la cabeza descubierta, calva, cuyas venas pueden contarse una á una, los ojos hundidos, las mejillas descarnadas, la frente arrugada, y el pecho tan enflaquecido que muestra todas las costillas; los brazos y las manos sólo tienen la piel y el hueso; cuerpos raquíticos, miserables, vestidos de harapos, amarillos con la palidez de la muerte, cubiertos de llagas sangrientas. Parecen cadáveres que acaban de salir de sus ataúdes, llevando marcadas en el rostro las huellas de todas las enfermedades, de todas las torturas, del hambre, del insomnio; figuras de mesa anatómica, en las cuales se pueden estudiar todos los secretos del organismo humano.

Sí; son admirables por la valentía del dibujo, por el vigor del colorido y por otras mil cualidades que dieron á Ribera la fama de pintor potente; pero el arte verdadero y grande ¡ah, no! no es aquél. En aquellos semblantes falta la luz celeste, aquel «inmortal rayo del alma» que revela en el sublime dolor la esperanza sublime, «la luz interna y los deseos inmensos»; aquella luz que aleja las miradas de las llagas para elevarlas al cielo, no el dolor brutal que causa repugnancia y horror; no el cansancio de los ojos y el presentimiento de la muerte, no la vida humana que huye sin un reflejo de la vida inmortal que llega.

No hay santo alguno de aquellos, cuya imagen se recuerde con placer; al mirarlos se siente frío en el corazón; pero el corazón no late. Ribera no amaba.

Con todo, al reconocer las salas del Museo, por más que fuese muy vivo el sentimiento casi de repugnancia que me inspiraban muchos de aquellos cuadros, veíame obligado á mirarlos sin poder separar de ellos los ojos, tanta es la fuerza atractiva de lo real y verdadero, aunque sea des-

agradable. ¡Y son tan verdaderos los cuadros de Ribera!

Aquellas caras yo las reconocía, las había visto en los hospitales, en las salas mortuorias, junto á las puertas de las iglesias; son caras de mendigos, de moribundos, de condenados á muerte, que de noche me salen al encuentro, todavía hoy, en una calle desierta, al pasar junto á un cementerio, al subir á obscuras una escalera desconocida.

Hay algunos que no pueden mirarse: un eremita desnudo, tendido en el suelo, que parece un esqueleto con la piel; un viejo santo, al cual la consumida carne da las apariencias de un cuerpo desollado; el Prometeo con las entrañas fuera del pecho.

A Ribera le gustaban la sangre, los miembros lacerados, el estrago; debía de gozar al representar dolores; debía de creer seguramente en un infierno más terrible que el soñado por el Dante, y en un Dios más implacable que el de Felipe II.

En el Museo de Madrid representa el terror religioso, la vejez, los sufrimientos, la muerte.

Más alegre, más vario, más espléndido es el gran Velázquez. Allí se hallan casi todos sus cuadros.

Son un mundo; todo en ellos se encuentra retratado: la guerra, la corte, las encrucijadas, la taberna, el paraíso; es una galería de enanos, de imbéciles, de mendigos, de bufones, de borrachos, de comediantes, reyes, guerreros, mártires, dioses; todos vivos, que hablan, con posturas nuevas, valientes, la frente serena, la sonrisa en los labios, llenos de franqueza y vigor; el gran retrato ecuestre del conde-duque de Olivares, el célebre cuadro de las «Meninas», el de las «Hilanderas», el de los «Bebedores», el de la «Fragua de Vulcano», el de la «Rendición de Breda»; grandes telas llenas de figuras que parece salen del marco, las cuales, vistas una vez, se recuerdan con todos sus detalles, como si fueran personas vivientes que uno acabara de dejar; personas con las cuales

CAPILLA ALFONSO X
MUSEO DE MADRID

parece haberse hablado, y en las cuales se piensa mucho tiempo después, como si fueran conocidos de antigua fecha; gente que respira alegría y que nos arranca con la admiración una sonrisa, haciéndonos doler únicamente de no poder mezclarlos con ellos, y robarles un poco de su exuberante vida.

Y todo eso no es efecto de la prevención favorable que despierta el nombre del gran artista. Ni es menester, para experimentarlo, ser inteligente en pintura; la mujerzuela, el muchacho, se detienen ante aquellos cuadros, aplauden y rien. Es la naturaleza retratada con una fidelidad superior á toda ponderación; se olvida al pintor, no se piensa en el arte, no se busca el intento. Se exclama:

— ¡Es verdad! ¡Es así! ¡Estas son las imágenes que tenía yo en la mente!

Diriase que Velázquez no ha puesto nada suyo; que ha dejado correr la mano, y que ésta no hizo más sino fijar las líneas y los colores sobre la tela de una cámara obscura, reproduciendo personajes reales y verdaderos.

Más de sesenta cuadros suyos hay en el Museo de Madrid, y si no se viesen más que una vez y aprisa, no se olvidaría nunca.

Sucede con los cuadros de Velázquez lo que con las obras de Manzoni. Después de leídas éstas, se mezclan y confunden de tal modo con nuestros propios recuerdos, que nos parece «haber vivido» lo que en ellas se relata. Así también los personajes de los cuadros de Velázquez, se confunden con la muchedumbre de nuestros amigos y conocidos, presentes ó lejanos, de toda la vida; y si acuden á la mente, hablan con nosotros sin que recordemos haberlos visto pintados.

Hablemos ahora de Murillo con el tono más suave que pueda salir de nuestra boca.

Velázquez, en el cielo del arte, es un águila; Murillo es un ángel; á Velázquez, se le admira; á Murillo, se le adora. Sus lienzos nos lo dan á conocer, como si hubiera vivido con nosotros. Era

hermoso, era bueno, era piadoso; la envidia no sabía dónde hacer presa en él, alrededor de su corona de gloria resplandecía una aureola de amor.

Había nacido para pintar el cielo. Había recibido un genio apacible y sereno, que se elevaba á Dios con las alas de su plácida inspiración.

Sus cuadros más admirables respiran un aire de modesta dulzura, que despierta simpatía y afecto antes que maravilla.

Una sencilla y noble elegancia en los contornos, una expresión llena de vivacidad y gracia; una armonía inefable de colores, constituyen lo que sorprende á primera vista; pero después se mira con más detención, se descubren nuevas bellezas y la maravilla se transforma, poco á poco, en un sentimiento dulcísimo de gozo.

Sus santos tienen un aspecto benigno que alegra y consuela; los ángeles, que el artista agrupaba con gran maestría, hacen palpar en los labios el deseo de los besos; sus vírgenes, vestidas de blanco y envueltas en un gran manto azul, con grandes ojos negros y con las manos juntas, hacen palpar el corazón de dulzura y acudir las lágrimas á los ojos.

Murillo une á la verdad de Velázquez, los vigorosos efectos de Ribera; á la armoniosa transparencia del Ticiano, la brillante viveza de Rubens. España le dió el nombre de «Pintor de las Concepciones», porque fué insuperable en el arte de pintar esta divina idea.

En el Museo de Madrid existen cuatro grandes «Concepciones». Ante estos cuatro lienzos me pasaba las horas, inmóvil, casi en éxtasis. Me gustaba extraordinariamente aquella virgen, no terminada, que tiene los brazos cruzados sobre el pecho y la media luna á los pies; muchos la posponían á las demás, y á mí me causaba ira oírlo decir; era yo presa de una pasión inexplicable por aquella imagen. Más de una vez, mirándola, noté que las lágrimas se me saltaban de los ojos. Ante aquel lienzo, mi corazón se ennoblecía, y mi espíritu se elevaba á un nuevo y desconocido cielo de

ideas. No era el entusiasmo de la fe; era un deseo, una inspiración inmensa á la fe, una esperanza que me hacía vislumbrar una vida más noble, más fecunda, más bella que la que había vivido hasta entonces; un nuevo afán de rezar, un deseo de amar, de hacer bien, de padecer por los demás, de expiar mis pasadas culpas, de ennoblecer la mente y el corazón.

Nunca, como en aquellos momentos, estuve tan cerca de la fe, y nunca he sido tan bueno y tan afectuoso. Más todavía: creo que nunca ha brillado mi alma de una manera tan refulgente.

«La Virgen de los Dolores», «Santa Ana enseñando á leer á la Virgen», «Cristo Crucificado», la «Anunciación», la «Sagrada Familia», la «Virgen del Rosario», «El Niño Jesús», son todos cuadros admirables y bellos, de una luz quieta y suave que llega al alma. Es necesario ver en los días festivos á los muchachos, á las niñas, á las mujeres del pueblo ante aquellas imágenes; ver cómo se iluminan sus semblantes y oír las palabras que brotan de aquellos labios.

Para ellos Murillo es un santo, y pronuncian su nombre con una sonrisa, como diciendo:

— ¡Es nuestro! Era español.

Y al pronunciarlo, os miran, como para imponeros un acto de reverencia.

No merece á todos los artistas el mismo juicio; pero aun ellos le aman sobre otro alguno, y no logran separar la admiración del amor.

Murillo no era sólo un gran pintor; era un alma grandiosa, y más que una gloria, es una afección de España, y más que un maestro soberano de lo bello, es un bienhechor, una fuente de buenas acciones, una querida imagen que se lleva en el corazón toda la vida, después de haber admirado sus cuadros, con un sentimiento de gratitud y devoción religiosa.

Es uno de esos hombres á quienes esperamos vagamente volver á ver, porque hay un sentimiento secreto que nos lo dice, anunciándonoslo como una recompensa; uno de esos hombres de los cua-

les creemos que no pueden haber desaparecido para siempre, que se hallan todavía en alguna parte, que su vida sólo ha sido el reflejo de una luz inextinguible que un día brillará con todo su esplendor á los ojos de los mortales. Se dirá tal vez: ¡engaños de la imaginación! ¡Pero qué hermosos engaños!

Después de las obras de estos cuatro grandes maestros, son dignos de admiración los cuadros de Juan de Juanes, artista intimamente italiano, al cual la corrección del dibujo y la nobleza de los caracteres valieron el título, aunque proferido en voz baja, de Rafael español. No en el acto; pero sí en la vida, se parece á Fray Angélico, pues su estudio era un oratorio, donde ayunaba y hacía penitencia, y también él antes de ponerse á trabajar iba á tomar la comunión.

Después los cuadros de Alonso Cano; los de Pacheco, maestro de Murillo; de Pareja, esclavo de Velázquez; de Navarrete el «Mudo»; de Menéndez, gran pintor de flores; de Herrera, de Coello, de Carvajal, de Collantes, de Rizzi, de Zurbarán, uno de los más grandes pintores españoles, digno de estar al lado de los tres primeros, existen pocas obras en el Museo.

De cuadros de otros artistas, de mérito inferior, pero también admirables, se hallan llenos los corredores, las antecámaras, las salas de paso. Pero no es éste el solo Museo de pinturas que hay en Madrid: se hallan centenares de cuadros en la Academia de San Fernando, en el Ministerio de Fomento y en otras galerías privadas.

Serían menester meses y meses para verlo todo; ¿y cuánto tiempo necesitaría para describirlo, hasta el que tuviera talento para tanto?

Uno de los mejores escritores de Francia, muy amante de la pintura y gran maestro en el arte de escribir, se espantó ante la magnitud de la empresa, y para salir del paso dijo que tendría que decirse mucho. Si á él le pareció lo mejor callarse, á mí debe parecerme que ya he dicho demasiado. Es una de las más dolorosas consecuencias de

CAPILLA ALFONSO X

un hermoso viaje, sentir en la mente una legión de bellas imágenes, y en el corazón un cúmulo de grandes afectos, y no poder expresar más que una ínfima parte. ¡Con qué profundo desdén rasgaría estas páginas, cuando pienso en aquellos cuadros! ¡Oh, Murillo! ¡oh, Velázquez! ¡oh, pobre pluma mía!

*

A los pocos días de hallarme en Madrid, vi por primera vez en la Puerta del Sol al rey Amadeo que venía de la calle de Alcalá. Experimenté un placer vivísimo, como si hubiera visto al más íntimo de mis amigos. Y en verdad que es cosa curiosa hallarse en un país en el cual la única persona que se conoce es el rey. Me dieron tentaciones de correr detrás de él gritando: Oiga vuestra majestad; ¡soy yo, yo que he llegado!

Don Amadeo seguía en Madrid los hábitos paternos. Se levantaba con el alba y daba un paseo por los jardines del Campo del Moro, que se extienden entre el Palacio Real y el Manzanares, ó visitaba los Museos, atravesando la ciudad á pie con un solo ayudante.

Las «criadas», cuando volvían á casa con la cesta llena, contaban á sus amas soñolientas que le habían encontrado, pasando por su lado casi tocándolas. Si la dueña de la casa era republicana, decía:—«Así debe ser»;—pero si era carlista refunfuñaba entre dientes:—«¡Vaya que rey!»—ó como oí decir una vez:—«Quiere á todo trance que le peguen un tiro».

De vuelta á Palacio recibía al capitán general y al gobernador de Madrid, los cuales, según una antigua costumbre, debían presentarse al rey todos los días para preguntarle si tenía algo que ordenar al ejército ó á la policía. Venían después los ministros. A pesar de verlos todos juntos en Consejo una vez á la semana, Amadeo recibía á uno de ellos todos los días. Al salir el ministro, empezaba la audiencia; las demandas eran innumera-

bles, y su objeto fácil de adivinar: cruces, empleos, pensiones, privilegios. El rey recibía á todo el mundo.

También la reina daba audiencia; pero no todos los días, á causa de su estado de salud, que era bastante delicado. A ella correspondían las obras de beneficencia. Recibía á toda clase de gente, acompañada de un mayordomo y una dama de honor, á la misma hora que el rey; y entraban á verla, caballeros, trabajadores, mujeres del pueblo, y atendía piadosamente á largas historias de miserias y dolores. Más de cien mil pesetas al mes distribuía en obras de caridad, sin contar las dádivas extraordinarias á hospitales, hospicios y otros establecimientos benéficos. Alguno de ellos fué fundado por la misma reina. Sobre la ribera del Manzanares, á la vista del Palacio Real, en un lugar abierto y alegre, se ve un edificio pintado de varios colores, con un jardín que le rodea, y donde al pasar se oyen gritos, carcajadas y juegos de niños. La reina hizo construir esta casa para que fuera albergue de los hijos de las lavanderas, los cuales, mientras sus madres trabajaban, quedaban abandonados en la calle, expuestos á mil peligros. En la casa hay maestras, nodrizas, criadas, que satisfacen todas las necesidades de los niños; es á la vez hospicio y escuela. Los gastos de construcción de la casa y su sostén, eran satisfechos con las veinticinco mil pesetas mensuales que el Estado había asignado al duque de Puglia. La reina instituyó también un hospicio de niños desamparados; una casa, especie de colegio, para los hijos de las cigarreras; y dispuso que se distribuyeran raciones de carne y pan entre todos los pobres de la ciudad. Ella en persona asistió algunas veces á la distribución, sin previo aviso, para convencerse de que no se cometían abusos, y como descubriera algunos, dispuso lo conveniente para evitarlos. A más de esto, las hermanas de la caridad recibían todos los meses de la reina treinta mil pesetas, para socorrer á las familias, que por sus

condiciones sociales no podían asistir á la distribución de raciones.

Es imposible tener noticia de los actos privados de caridad de la reina, porque acostumbraba á realizarlos sin decir nada á nadie. Muy poco se sabía de sus costumbres, porque todo lo hacía sin pompa y sin ruido, y con tal reserva, que podía parecer excesiva hasta en una señora particular. Ni las mismas damas de la corte sabían que iba á la iglesia de San Luis de Francia, á oír la sagrada palabra; una devota la descubrió un día por casualidad entre sus vecinas.

No llevaba nunca distintivo alguno de reina, ni en los días de comida de corte ó gala. La reina Isabel ostentaba un gran manto encarnado con armas de Castilla, diadema, ornamentos é insignias; doña Victoria, nada. Acostumbraba á vestirse con los colores de la bandera española, y con una sencillez que anunciaba su alto rango mejor que el esplendor y el lujo. Ni el oro español podía verse en aquella sencillez: sus propios gastos, los de sus hijos y camaristas, todos los satisficía con dinero de su propio peculio.

Cuando reinaban los Borbones, todo el palacio real se hallaba ocupado: el rey ocupaba la parte izquierda, que da á la plaza de Oriente; doña Isabel, la parte que mira por un lado á la plaza de Oriente, y por otro lado á la de la Armería; Montpensier, la parte opuesta á las habitaciones de la reina; cada uno de los príncipes tenía un departamento hacia la parte del campo del Moro. Durante el tiempo que el rey Amadeo vivió en aquel palacio, permaneció vacía una gran parte de aquel edificio. Amadeo no ocupaba más que tres pequeños departamentos: un saloncito de estudio, una cámara ó alcoba y el tocador. La alcoba daba á un largo corredor que conducía á las habitaciones de los príncipes, junto á las cuales se hallaba el departamento de la reina, que no quería separarse nunca de sus hijos. Y después un salón de recepciones. Esta parte del palacio que ocupaba toda la familia real, servía an-

tes únicamente para la reina Isabel. Cuando ésta supo que don Amadeo y doña Victoria se habían contentado con tan reducido espacio, dícese que exclamó maravillada:

—¡Pobres jóvenes! ¡no podrán moverse!

El rey y la reina solían comer con un mayordomo y una dama de la corte. Después del almuerzo, el rey fumaba un cigarro Virginia (¡si lo supieran los detractores de este príncipe de los cigarros!) y entraba después en su gabinete para ocuparse en las cosas del Estado. Prestaba mucha atención á los consejos, y con frecuencia consultaba á la reina, especialmente cuando se trataba de poner de acuerdo á los ministros, ó de apaciguar los ánimos divergentes de los jefes de partido. Lefía un gran número de diarios de todos los colores, las cartas anónimas amenazándole de muerte, las que le daban consejos, las poesías satíricas, los proyectos de regeneración social, todo cuanto le enviaban. A eso de las tres salía de Palacio á caballo, sonaban las cornetas de la guardia, y un lacayo vestido de encarnado le seguía á la distancia de cincuenta pasos. Al verlo se hubiera dicho que no sabía hacer de rey; miraba á los muchachos que pasaban, los avisos de las tiendas, los soldados, las diligencias, las fuentes con una expresión de curiosidad casi infantil. Recorría toda la calle de Alcalá con sin igual lentitud, como un ciudadano desconocido que pensara en sus propios asuntos; y se iba al Prado á gozar su parte de aire y sol. Los ministros rabiaban; los borbónicos acostumbrados al imponente cortejo de la reina Isabel, decían que Amadeo arrastraba por las calles la majestad del trono de San Fernando. Hasta el lacayo que le seguía, miraba á su alrededor con aire inquieto, como diciendo:—¿Ven ustedes qué locura?—Pero dígame lo que se quiera, nunca pudo acostumbrarse á tener miedo. Los españoles, justo es decirlo, le hacían justicia, pues á pesar de la diversidad de criterios con que juzgaban su conducta y modo de gobernar, siempre terminaban diciendo:

—Respecto á valor, lo tiene el mozo de veras. Todos los domingos había gran comida en Palacio. A ella eran invitados los generales, diputados, profesores, académicos, hombres esclarecidos en las letras y en las ciencias. La reina hablaba de todo con todos, con una seguridad y una gracia, que á pesar de cuanto se supiera de su ingenio y cultura, era fuerza confesar que la realidad superaba á toda ponderación. El pueblo, al hablar de lo mucho que sabía la reina, iba siempre algo más lejos: el griego, el árabe, el sanscrito, la astronomía, las matemáticas, eran para la reina moneda corriente. Lo cierto y exacto era que discurría con mucho ingenio de cosas nada comunes en una señora, y no con ese hablar vago y confuso propio de quien no sabe más que títulos y nombres.

Había estudiado profundamente el español, y lo hablaba como si fuera su idioma propio; la historia, la literatura, las costumbres de su nueva patria le eran familiares; para ser española de veras, sólo le faltaba el deseo de permanecer en España. Los «liberales» murmuraban, y los borbónicos decían: «No es nuestra reina»; pero inspiraba á todos un profundo respeto. Los diarios más furiosos decían todo lo más «la esposa de don Amadeo», en lugar de decir «la reina». El más violento de los republicanos, al aludirla en uno de sus discursos en las Cortes, no pudo menos de proclamarla ilustre y virtuosa. Era la sola persona de la Casa respecto á la cual nadie se permitía una broma, ni de palabra, ni por escrito; era como una figura en blanco en medio de aquel cuadro de caricaturas maliciosas.

En cuanto al rey, parecía que la prensa española gozaba de una libertad sin límites. Bajo la salvaguardia del calificativo de «Saboyano», de «extranjero», de «el joven de la Corte», los diarios enemigos de la dinastía decían, en substancia, lo que mejor les cuadraba, y en verdad que no se dejaban de decir cosas divertidas.

Cual le imputaba que era «feo de frente y de

perfil»; éste que era flaco y enclenque; aquél se burlaba de su modo de saludar, y otras lindezas increíbles. No obstante, el pueblo de Madrid sentía por el rey, si no el entusiasmo de la «Agencia Stefani», por lo menos una muy viva simpatía. La sencillez de sus costumbres y la bondad de su corazón, eran ya proverbiales aun entre los chiquillos.

Se sabía que no guardaba rencor á nadie, ni aun á aquellos que se habían portado con él poco dignamente; que no había hecho daño á nadie; que nunca había salido de su boca una palabra amarga para sus enemigos.

Cuando se hablaba de los peligros personales que podía correr, todo buen hijo del pueblo respondía desdeñosamente que el pueblo respeta siempre á quien se fia de él; sus más acérrimos enemigos hablaban del rey con ira; pero no con odio; los mismos que no se quitaban el sombrero al verle en la calle, se sentían el corazón oprimido al ver que otros tampoco se lo quitaban, y no podían ocultar un sentimiento de tristeza. Hay imágenes de reyes caídos sobre las cuales se extiende un paño negro; pero también hay otras cubiertas con un velo blanco, que las hace aparecer más bellas y venerables; sobre la imagen de Amadeo, España ha extendido un velo blanco. ¡Y quién sabe si algún día la vista de esta imagen arrancará del pecho de los españoles honrados un suspiro secreto, como el recuerdo de una persona querida á quien se ha ofendido, ó como una voz apacible y dulce que diga con tono de triste convención:—¡Francamente, obraste mal!

Un domingo el rey pasó revista á los «voluntarios de la libertad», que son una especie de guardia nacional, con la sola diferencia que aquéllos prestan espontáneamente un buen servicio, mientras ésta lo presta malo y á la fuerza.

Los «voluntarios» debían situarse á lo largo del paseo del Prado. Una inmensa muchedumbre les esperaba. Cuando llegué había ya formados tres ó cuatro batallones. El primero era el batallón

de veteranos, hombres ya de unos cincuenta años, algunos más viejos, vestidos de negro con «ros», galones sobre galones y cruces sobre cruces, limpios y brillantes, y de mirada fiera como los granaderos de la Vieja Guardia, y *nel mover degli alteri é tardi*.

Venía después otro batallón con uniforme distinto: pantalón gris, chaqueta abierta con las vueltas de un rojo subido: el kepis con un penacho azul, y la bayoneta calada.

Otro batallón y otro uniforme: en lugar de kepis, «ros»; en vez de vueltas encarnadas, vueltas verdes; los pantalones de color diferente, y anchas dagas por bayonetas.

Cuarto batallón y cuarto uniforme: plumeros, colores, armas, todo distinto. Llegaron otros batallones y otros trajes. Algunos lucen el casco prusiano y otros el casco sin punta; vense bayonetas, sables rectos, sables curvos, sables ondulados, aquí soldados con cordones, allá soldados sin ellos, más lejos, con cordones otra vez; cinturones, hombreras, cuellos, plumas, todo cambia á cada instante.

Todos esos uniformes son pomposos y brillantes, de cien colores, con borlas que penden y voltean. Cada batallón tiene una bandera de forma particular, cubierta de bordados, de cintas y franjas. Vense confundidos entre los demás, algunos milicianos vestidos de paisano, con una banda cualquiera cosida á grandes puntadas en el raído pantalón; algunos sin corbata, otros con corbata negra, chaleco abierto y camisa bordada. Hay en las filas muchachos de quince y doce años, armados de pies á cabeza; cantineras de falda corta y pantalón rojo, con cestas llenas de cigarros y naranjas.

Por delante de los batallones corren continuamente oficiales á caballo. Cada jefe lleva en la cabeza, en el pecho ó en la silla del caballo, adornos de su invención. A cada instante pasa un ayudante, sin que nadie sea capaz de adivinar á qué cuerpo pertenece. Vense galones sobre el brazo,

sobre las espaldas, alrededor del cuello; galones de oro, de plata, de lana; medallas y cruces que les cubren la mitad del pecho, puestas las unas sobre las otras; guantes de todos los colores del prisma; sables y espadas grandes y pequeñas, pistolas, revólveres; una mezcla, en fin, de todos los uniformes y de las armas de todos los ejércitos, de tal modo que aquella variedad sería capaz de fatigar á diez comisiones ministeriales nombradas para la modificación del uniforme.

No recuerdo ya si fueron doce ó catorce los batallones, cada uno de los cuales había escogido á su antojo uniforme diverso, teniendo especial empeño en que se diferenciara por completo de los demás.

Iban mandados por el alcalde, que vestía un uniforme de fantasía. Formaban un total de ocho mil hombres.

A la hora fijada, la llegada de un enjambre de oficiales de Estado Mayor á caballo y los toques de las cornetas, anunciaron la llegada del rey.

Con efecto, don Amadeo venía á caballo por la calle de Alcalá; vestía de capitán general, con botas altas y pantalón blanco. Seguía un grupo compacto de generales, ayudantes de campo, criados con librea encarnada, lanceros, coraceros y guardias. Después de haber pasado revista á las tropas, que se extendían desde el Prado á la iglesia de Atocha, entre una muchedumbre silenciosa, volvióse por la misma calle de Alcalá, en la cual se movía un océano de gente, produciendo continuas é imponentes oleadas.

El rey y su Estado Mayor se situaron frente á la iglesia de San José, vuelta la espalda á la fachada. La caballería hizo despejar, con mucho trabajo, un pequeño espacio para que pudieran desfilar los batallones.

El desfile se hizo por pelotones. A medida que iban pasando y á una señal del comandante, gritaban: «¡Viva el rey! ¡Viva don Amadeo primero!».

El oficial que primeramente dió este grito, tuvo una idea desdichada. Los «vivas» dados espon-

táneamente por los de delante, se hizo ya obligatorio para los demás, y fué causa de que el público tomara por una manifestación política la intensidad mayor ó menor con que eran proferidas aquellas voces.

Algunos pelotones dieron los «vivas» con voz tan débil y menguada, que más parecían voces de enfermos pidiendo socorro; el público se echó á reír.

Otros, en cambio, gritaron á más no poder, y aquellos gritos fueron considerados como una manifestación hostil á la dinastía. El público lo comentaba todo á su manera. Decían algunos: «El batallón que ahora viene es republicano; ya veréis como no grita». Efectivamente, el batallón desfiló en silencio, y los espectadores tosieron. Otro decía: «Esto es una vergüenza, una falta de educación. A mí tampoco me gusta don Amadeo; pero callo y respeto». Y nacieron de aquí varias cuestiones. Un joven, con voz de falso, gritó «¡viva el rey!» Un caballero que estaba á su lado le trató de impertinente; enfadóse el otro, y pasaron á vías de hecho hasta que los puso en paz en tercero en discordia.

Entre los batallones, pasaban algunos paisanos á caballo, sin que se quitaran el sombrero al cruzar por ante el rey, y entonces se oían voces salidas del público, aplaudiendo semejante conducta con un «¡muy bien!» ó vituperándola con expresiones de «¡mal criado!» Otros, que hubieran saludado, no lo hacían por miedo, y pasaban bajando, avergonzados, la cabeza. En cambio, otros, enojados por semejante espectáculo, hacían á las barbas del público una valerosa demostración de «amadeísmo», pasando con el sombrero en la mano, y mirando tan respetuosamente al rey como con desprecio al público durante algunos minutos. El rey permaneció inmóvil, mientras duró el desfile, con una expresión inalterable de sereno orgullo. Así terminó la revista.

Esta milicia nacional, aunque menos destrozada que la nuestra, no es más que un fantasma

El ridículo ha destruído sus bases; pero como diversión de día festivo, por más que el número de voluntarios ha disminuído mucho (antes eran unos treinta mil), es todavía un espectáculo brillante.

LAS CORRIDAS DE TOROS

El día 31 de Marzo se inauguró el espectáculo de las corridas de toros. Los que hayan leído la descripción de Baretti, estén convencidos de que no han leído nada. Baretti sólo vió las corridas de Lisboa, que son juegos de chiquillos, comparadas con las de Madrid.

En la capital de España se halla el trono del arte: allí se encuentran los grandes artistas, allí los espectáculos llenos de pompa, allá los espectadores *dilettanti*, allí los jueces que sancionan la gloria. La plaza de Madrid es el teatro de la «Scala» de la tauromaquia.

La inauguración de las corridas de toros en Madrid es mucho más importante que un cambio de ministerio. Un mes antes el anuncio circula por toda España; de Cádiz á Barcelona, de Bilbao á Algeciras, en el palacio de los grandes y en los tugurios de los pobres, todo el mundo habla de los toros y de las ganaderías. Fórmanse trenes de recreo entre la capital y las provincias. El que se encuentra escaso de dinero, economiza cuanto puede por obtener un buen sitio en la plaza el día solemne; los padres prometen á sus hijos aplicados que les llevarán á los toros, y los amantes se lo ofrecen también á sus novias.

Los diarios aseguran que la temporada será magnífica; los toreros contratados, á los cuales ya se ve andar por Madrid, son señalados con el dedo; corre el rumor de que los toros han llegado ya y todos desean verlos. Son de las ganaderías de Veragua, del marqués de la Merced, de la ex-

celente de la viuda de Villaseca, maravillosos y formidables.

Se abre el despacho de los abonos y á él acuden en tropel los *dilettanti*, los criados de las familias nobles, los revendedores y los que han recibido encargo de sus amigos ausentes para recogerles las localidades. El primer día el empresario recauda cincuenta mil francos; el segundo, treinta mil; en una semana, cien mil.

Frascuero, el famoso «matador», ha llegado ya. Cuco se halla también entre nosotros, viene por fin Calderón; ¡pero faltan tres todavía!

Millares de personas se ocupan exclusivamente de las corridas; damas hay que sueñan con la plaza, ministros que no tienen la cabeza para los negocios, viejos *dilettanti* á quienes no se les cuece el pan, y obreros, en fin, que no fuman su «cigarrito» por el afán de tener algunos ochavos más el día del espectáculo.

Por fin, se llega á la víspera: el sábado por la mañana empiezan á vender billetes en un cuarto bajo de la calle de Alcalá. El público espera largo rato antes que abran las puertas del despacho; la gente se empuja, se aprieta, se pisa; veinte guardias de policía con el revólver en la cintura sudan agua y sangre por sostener el orden; hasta la noche no cesa el movimiento de ir y venir.

Y llega por fin el deseado día. El espectáculo empieza á las tres: desde el medio día el público se pone en marcha hacia la plaza.

El circo se encuentra en la extremidad del barrio de Salamanca, más allá del Prado, fuera de la puerta de Alcalá; todas las calles que á él conducen se ven invadidas por una multitud inmensa; los alrededores de la plaza parecen un hormiguero.

Allí están los batallones de soldados y voluntarios de la libertad con sus músicas á la cabeza; los expendedores de agua y naranjas llenan el aire con sus gritos; los revendedores de billetes corren de aquí para allá atraídos por mil voces. ¡Desdichado del que no tiene billete todavía!

Pagará el doble, el triple; ¿pero qué importa? Se han dado por un billete cincuenta, ¡hasta ochenta francos!

Se espera al rey, y dicen que la reina también vendrá; van llegando los coches de la gente de elevada alcurnia; el duque de Fernán Núñez, el de Abrantes, el marqués de la Vega de Armijo, una muchedumbre de grandes de España, la nata y flor de la aristocracia, los ministros, los generales, los embajadores, cuanto bueno, rico y poderoso encierra la grandiosa villa.

Se entra á la plaza por muchas puertas; pero antes de entrar ya está uno aturrido.

Entré. El circo es inmenso. Visto por la parte exterior nada notable ofrece, es un edificio circular, bajo, sin ventanas y pintado de amarillo; pero una vez dentro se queda uno maravillado. Es un circo para todo un pueblo: puede contener diez mil espectadores y en él podría moverse un regimiento de caballería.

La pista ó arena es circular y de gran diámetro, pudiendo contener diez circos ecuestres de los nuestros; hállase rodeada de una barrera de madera que se eleva hasta la altura del cuello de un hombre; por la parte exterior la recorre una pequeña grada que se eleva poco del suelo, en la cual apoyan el pie los toreros para saltar por encima de la barrera cuando se ven perseguidos por el toro. Detrás de esta barrera hay otra más alta, porque el bicho salta la primera con mucha frecuencia; entre las dos queda un espacio de poco más de un metro, por donde discurren los toreros antes de la lucha, y donde se colocan durante la misma los empleados de la plaza, los carpinteros, dispuestos á reparar cualquier avería que pueda hacer el toro, los vendedores de naranjas, los *dilettanti* amigos del empresario, y la gente de arraigo que puede á mansalva faltar al reglamento.

Detrás de esta segunda barrera, se elevan las gradas de piedra; detrás de las gradas, los pal-

cos, y en los palcos una galería ocupada por tres filas de sillas.

En los palcos pueden colocarse cómodamente dos ó tres familias. El del rey es una sala grandiosa. El del Ayuntamiento se halla contiguo al de la real familia, y desde allí el alcalde, ó el que le substituya, preside la corrida. Tienen también su palco correspondiente el gobernador, los ministros, los embajadores. Cada familia noble tiene el suyo; los jóvenes *buontonisti*, como diría Giusti, tienen uno en común; y siguen después los palcos de alquiler, que cuestan un ojo de la cara. Todos los puestos de las gradas están numerados, y como cada concurrente tiene su billete, se verifica la entrada sin el menor desorden.

La plaza se halla dividida en dos: la parte donde da el sol, y la que queda á la sombra; las localidades de ésta son más caras que las otras, de modo que al sol sólo va el pueblo bajo.

La pista tiene cuatro puertas equidistantes: la puerta por donde salen los «toreros», la que da paso á los caballos, la que se abre para dar salida al toro y la reservada á los que anuncian el espectáculo, debajo del palco del rey. Sobre la puerta por donde sale el toro, se levanta una especie de terrado que se llama «el toril»; ¡feliz el que puede hallar un sitio allí! Sobre este terrado, y en un pequeño palco, se colocan los que á una señal del presidente hacen sonar la trompeta y el tambor para anunciar la salida del toro. Frente al toril, en la parte opuesta del circo y sobre las gradas, se halla la banda municipal. Las gradas están divididas en varios compartimientos, cada uno de los cuales tiene su puerta de entrada.

Antes de empezar el espectáculo, el público puede pasearse por la arena y recorrer todo el edificio. Van á ver los caballos, encerrados en una cuadra y destinados en su mayoría á morir; vense también los toros, metidos en oscuros corrales, por los que pasan los bichos hasta salir á un corredor, desde el cual se lanzan á la arena; se

visita la enfermería, á la cual son conducidos los toreros heridos. Antes había también una capilla, en la que se celebraba el sacrificio de la misa durante la lucha, y allí iban los toreros á rezar antes de afrontar el peligro. Se visita asimismo la puerta principal, donde se hallan expuestas las «banderillas» que han de ser clavadas en el cuello del toro, y donde se ve una multitud de toreros viejos, cojo éste, sin brazo el otro, estropeado el de más allá; ó «artistas» jóvenes no admitidos todavía á los honores del circo de Madrid. Se compre un número del diario «El Boletín de los toros», que ofrece maravillas para la «función» del día, se pide á cualquier empleado el programa del espectáculo, que es un papel impreso, dividido en columnas, donde se van anotando las picas, las estocadas, las heridas, los accidentes; se dan unas vueltas por los interminables corredores y las interminables escaleras entre una muchedumbre que va y viene, sale y entra gritando y alborotando de un modo tal, que no parece sino que el edificio tiembla, y por último se vuelve uno á su sitio.

El circo está lleno de bote en bote y ofrece un espectáculo que no puede imaginar quien no lo haya presenciado; es un mar inmenso de cabezas, de sombreros, de abanicos, de manos que se agitan en el aire: en los tendidos de sombra, ocupados, por los «señores», todo negro: en los de sol, donde se sienta el bajo pueblo, mil vivísimos colores de abigarrados vestidos, sombrillas, abanicos de papel; en fin, una inmensa mascarada. No queda sitio ni para un chiquillo; la muchedumbre, compacta como una falange, se contenta con mover los brazos porque salir de allí es imposible.

Y no es aquel rumor, el estrépito de los teatros: es muy distinto. Es una agitación, una vida propia de circo únicamente. Todos gritan, se llaman, se saludan con una alegría frenética; los chiquillos y las mujeres chillan y los hombres más graves bromean como muchachos. Los jó-

venes, formando grupos de veinte ó treinta, gritando todos á compás y dando con los bastones en las gradas, anuncian al representante del municipio que ya es la hora. En los palcos hay un movimiento de espectadores digno del gallinero de un teatro de tarde; con la gritería de la muchedumbre se mezclan los gritos de los vendedores, que tiran naranjas por todos lados. Toca la banda, rugen los toros, se oye el rumor de la gente que se ha quedado fuera de la plaza, y antes de empezar la lucha se halla ya el público fatigado, ebrio, perdida la cabeza.

Mas de pronto se oye un grito:

—«¡El Rey!»

Y en efecto, el rey ha llegado: ha venido en un coche tirado por cuatro caballos blancos, montados por criados vestidos con el pintoresco traje andaluz. Se abren las vidrieras que cierran el palco real y entra el rey con su cortejo de ministros, generales y mayordomos. La reina no ha venido; se preveía, porque se sabe que este espectáculo le causa horror. Pero no podía faltar el rey: ha venido siempre y hay quien dice que está loco por los toros. Es ya la hora y empiezan. Me acordaré toda la vida del frío que entonces sentí correr por las venas.

Suena el clarín: cuatro guardias del circo, á caballo, con sombrero y plumas á lo Enrique IV, capa negra, jubón, botas y espada, salen por la puerta de debajo del palco real y con paso lento dan la vuelta á la pista. La gente despeja, cada uno va á su puesto y la arena queda limpia y sin estorbos. Los cuatro caballeros se colocan dos á dos ante la puerta, cerrada todavía, que se halla frente al palco del rey. Diez mil espectadores tienen allí puestos sus ojos y el silencio es general: de allí ha de salir la «cuadrilla», todos los toreros de gran gala, que han de presentarse al rey y al pueblo. Suena la música, se abre la puerta, resuena una nutrida salva de aplausos y avanza la cuadrilla. Van á la cabeza de ésta los tres «espadas», Frascuelo, Lagartijo, Cayetano, los tres

famosos, vestidos con el traje de Fígaro del «Barbero de Sevilla», de seda de terciopelo amarillo, encarnado, azul, cubiertos de alamares, franjas, galones de oro y plata que casi cubren todo el vestido y envueltos en anchas capas amarillas ó encarnadas, medias blancas, faja de seda, una trenza en la nuca y un sombrero de pelo.

Vienen después los «banderilleros» y los «capeadores», formando un grupo, y cubiertos también de oro y plata; detrás los «picadores» á caballo, dos á dos con la larga pica en la mano, con sombrero gris, bajo y de anchísimas alas, una recamada chaqueta y pantalones de amarilla piel de búfalo, forrados por dentro con planchas de hierro: inmediatamente después los «chulos», ó servidores, vestidos con sus ropas de gala. Todos atraviesan la arena majestuosamente, dirigiéndose hacia el palco del rey.

No puede imaginarse nada más pintoresco que aquel espectáculo. Hay allí todos los colores de un jardín, todos los esplendores de un cortejo real, toda la alegría de una banda de máscaras y toda la majestad de un ejército de guerreros. Entornando los ojos sólo se ve una nube de oro y plata.

Todos son hombres bellísimos: los «picadores», altos y fornidos como atletas; los otros ligeros, esbeltos, de formas intachables, tez morena y ojos grandes y fieros; figuras de gladiadores antiguos, vestidos con el lujo de príncipes asiáticos.

Toda la cuadrilla se detiene delante del palco del rey, y saluda; el alcalde hace señal de que pueden empezar; desde el palco tira á la arena la llave del «toril», donde los toros se hallan encerrados; un guardia del circo la recoge y la entrega al guardián que se coloca junto á la puerta, dispuesto á abrirla.

El grupo de toreros se deshace; los «espadas» saltan la barrera; los capeadores se distribuyen por la arena agitando sus capas amarillas y encarnadas; los «picadores», unos se retiran esperando que les toque el turno, mientras que los